



Kiko Amat
Rompepistas

ANAGRAMA
320 PÁGINAS
16,50 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Hace unos días estuve viendo *Accatone* de Pasolini (1961) y me dio qué pensar. El protagonista –un tipo desarraigado, sin futuro, que intenta vivir de las mujeres– se parece extraordinariamente a Tarregada, el héroe de la novela de Juli Vallmitjana *Sota Montjuïc*, escrita cincuenta años antes. Los paisajes (el descampado con casas aisladas, entre huertos escuálidos) son los mismos que retratan en sus novelas Juan Marsé y Julià de Jòdar. *Accatone* es una historia extraordinariamente bien construida, en la que cada situación dramática (palizas, denuncias, ingresos en la cárcel, proxenetismo) tiene un significado sociológico e histórico. El relato está muy bien trabado, sin puntos muertos. Todo es acción. Y los elementos ambientales (la tertulia en el bar, el encuentro con el ladrón del barrio, las fiestas junto al Tiber) refuerzan esa acción trepidante.

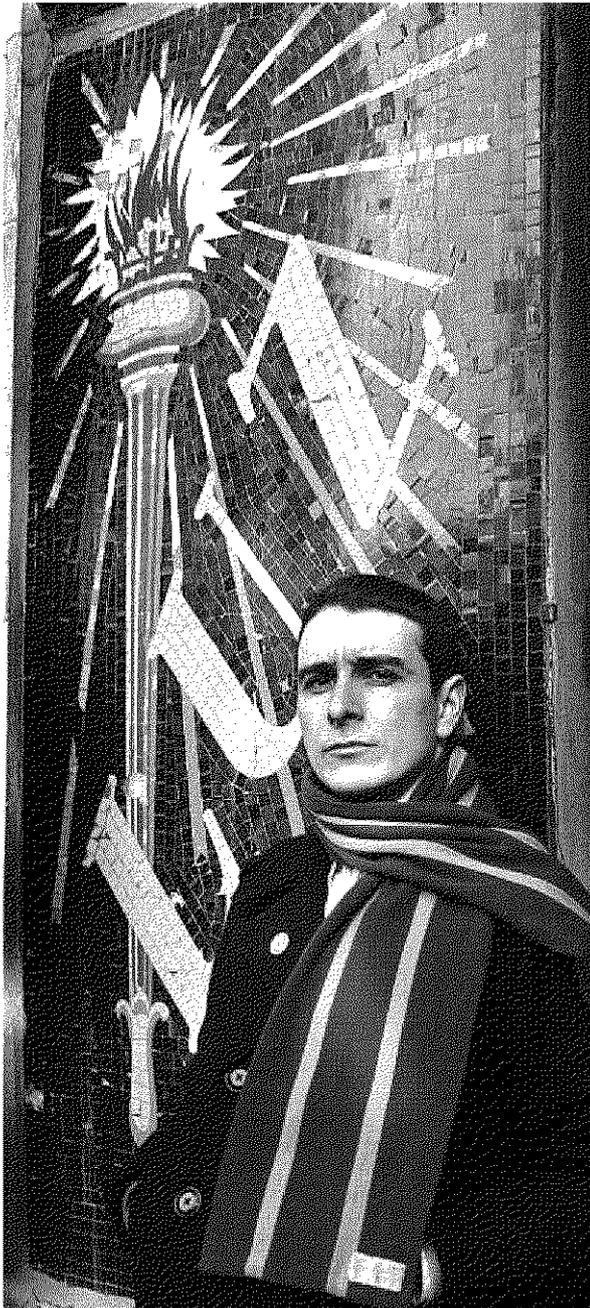
Kiko Amat nació en Sant Boi de Llobregat en 1971 y dado que forme parte del mismo mundo. En 1987 la política había creado un discurso sobre el cinturón rojo. El periodismo, la televisión, habían asimilado, devaluándolos, los movimientos anarquizantes de finales de los setenta (impagable la imagen que ofrece en su novela de los chavales de la banda viendo en televisión a Bigote Arroçet y las azafatas del *Un, dos, tres vestidas de punks*). La cultura estaba totalmente al margen de lo que sucedía en la calle. Poco más o menos en la misma época en que transcurre la acción se editaban en Sant Boi los *Llibres del Mall*. Para un chaval que, como *Rompepistas*, tenía 17 años en 1987, no había mucho que hacer y lo que se podía hacer no significaba nada. Se había producido una fractura más profunda que las anteriores: crisis económica, crisis de valores (con la quiebra del núcleo que constituían familia, escuela y trabajo), aparición de una subcultura, a partir de referentes importados y de su interpretación garrula. Ausencia de cualquier ideología redentora y necesidad de individualizarse creando un estilo propio, tal como la describió Tom Wolfe, premonitoriamente, en *La banda de la casa de la bomba*.

Kiko Amat, frente a una tienda de luminotecnia en Barcelona

KIM MARRÉS

Novela 'Rompepistas' representa la confirmación definitiva de Kiko Amat, una entrañable crónica de la juventud desclasada del cinturón barcelonés en 1987 que narra las correrías de tres adolescentes que han creado un grupo punk

Bailando la conga en la cola del Inem





Este es el punto de partida de *Rompepistas*, la novela que representa la eclosión definitiva de Kiko Amat. Rompepistas, Clareana y Carnaval, tres amigos que han creado un grupo punk, ensayan en un local recubierto con cajas de huevos y debutarán en la verbena de San Juan. La acción arranca un 6 de junio. Durante algo más de quince días asistimos a los vagabundos de Rompepistas por Sant Boi. Nos presenta a sus padres, niños envejecidos que no saben cómo manejarse en la vida (le tuvieron a los veinte años), a los locos del pueblo (uno de los escenarios depri-

Musicofilia aristocrática

La humanidad se divide en dos: aquellos para quienes la música es elemento fundamental, consustancial, en sus vidas, y aquellos para los que no es más que un ruido de fondo que se oye de vez en cuando, en el ascensor, la televisión o el supermercado. Para los primeros, la música es fuente y motivo de goce, intelectual, espiritual y físico. Para los segundos, ni siquiera es estorbo, pues apenas distinguen una canción de Marta Sánchez de otra de Billie Holiday o de una suite de Bach. Sin duda, Kiko Amat pertenece a la primera estirpe y así lo atestigua su colección de discos (varios miles, vinilo principalmente), su actividad como pinchadiscos (con el colectivo Hungry Beat) y, por supuesto, sus novelas, siempre impregnadas de banda sonora (por cierto, ¿no se podrían publicar sus libros con el disco recopilatorio B.S.O. correspondiente?).

La musicofilia de Amat tiene, fundamentalmente, tres patas en las que se sustenta: pop, soul y punk. Y si su anterior novela, *Cosas que hacen BUM*, se decantaba hacia el soul, *Rompepistas* es intrínseca y vocacionalmente punk. Pero, sea cual sea el anclaje estilístico predominante, lo que distingue siempre la opción musical de Amat es el situarse tanto como sea posible en las antipodas de lo obvio y, así, hacer de cada libro —más allá de lo literario— una sesión musical de talento/talento aristocrático (sea esto dicho en su acepción menos pedante posible). Por eso, *Rompepistas* termina con *Stay free*, de The Clash. **IGNASI MOYA**

mentos de la novela es el manicomio, otro la cola del Inem) y a sus amigos, los chicos con botas, punks y skinheads de extrarradio, con los que forma una extraña sociedad. Amat reconstruye, en un elaborado ejercicio de voz narrativa, la particular jerigonza del grupo, un lenguaje autorreferencial y autoirónico que es el reverso del grito primario de los punks: una construcción puntillosa que combina el idioma de la inmigración con palabras gamberras, referentes mediáticos y juegos infantiles: collejas, lapos, bombas de tebeo y Airgam Boys. El grupo vive su propio sentido del tiempo, con la pauta que marcan las fiestas salvajes del fin de semana. La tensión se centra en un episodio crucial: la guerra con un grupo de quincorros, tipos peligrosos que un viernes por la noche encuentran a tres chavales del grupo y les arreean una paliza. El relato desemboca en la reconciliación con la familia, el reencuentro con la novia y la afirmación del grupo en su conflicto con los Chungos. Un final feliz que sirve al autor para abrir al protagonista el peaje de la redención personal.

Detalles finísimos

Las novelas anteriores de Amat tenían siempre un punto de esfuerzo artificial. Esta tiene la fuerza de la verdad. Está construida como un relato de iniciación, siguiendo un modelo clásico. El prólogo y el epílogo nos trasladan a la actualidad, *Rompepistas* regresa al pueblo para asistir al entierro de uno de sus antiguos colegas, en un acto de fidelidad a los orígenes y de re-

La tensión se centra en la guerra con unos peligrosos quincorros, que arreean una paliza a unos chavales

conocimiento de la propia identidad. Amat sabe transmitir sus emociones al lector, por más ajena que pueda resultar la trama, por más extraños que puedan parecer Rompepistas y sus amigos, por más infantiles que podamos encontrar sus razonamientos y motivaciones (“En la casa de la bomba el problema es la edad”, que cantaban los Brighton 64).

La novela está llena de detalles finísimos. Cuando al final, en el entierro, suena una canción de The Clash y Rompepistas, que se ha ido del pueblo, es el único que entiende la letra en inglés. O cuando describe a Carnaval veinte años después, trabajando de electricista, leyendo el *Sport* en el bar Provi y encerrándose en casa todas las tardes a escuchar canciones punk. Sin duda, la mejor novela de Kiko Amat y, junto a *El cel de l'infern* de David Castillo y *El día del Watusi* de Francisco Casavella, una de las mejores crónicas de su tiempo. |